

CAPITULO VI

DE LA PREVARICACIÓN ANGÉLICA Y LA HUMANA GRANDEZA Y ENORMIDAD DEL PECADO

Hasta aquí he expuesto la teoría católica acerca del mal, hijo del pecado, y acerca del pecado que nos vino de la libertad humana, la cual se mueve anchamente en sus limitadas esferas, á la vista y con el consentimiento de aquel soberano Señor que, haciéndolo todo con peso, número y medida, dispuso las cosas con un consejo tan alto, que ni su providencia oprimiese el libre albedrío del hombre, ni los estragos de este libre albedrío, siendo grandes y portentosos como son, lo fueran con menoscabo de su gloria. Antes, empero, de pasar adelante, me ha parecido cosa digna de la majestad de este asunto hacer aquí una relación seguida de aquella prodigiosa tragedia que comenzó en el cielo y acabó en el paraíso, dejando á un lado los reparos y las objeciones que quedaron desvanecidas en otro lugar y que de ninguna otra cosa servirían sino de obscurecer la belleza, á un mismo tiempo sencilla é imponente, de esta lamentable historia. Antes vimos de qué manera la teoría católica se aventaja á las demás por la altísima conveniencia de todas sus soluciones; ahora veremos de qué manera los hechos en que se funda, considerados en sí mismos, aventajan á todas las historias primitivas, por lo que tienen de grandes y de dramáticos. Antes sacamos su belleza por comparaciones y deduc-

ciones; ahora admiraremos en ellos mismos, sin apartar los ojos á otros objetos, su incomparable belleza.

Antes que el hombre, y en tiempos substraídos á las investigaciones humanas, había criado Dios á los ángeles, criaturas felicísimas y perfectísimas, á quienes fué dado mirar de hito en hito los clarísimos resplandores de su faz ¹, anegados en un piélagó de inenarrables deleites y sumergidos perpetuamente en su perpetuo acatamiento. Eran los ángeles espíritus puros, y las excelencias de su naturaleza mayores que las de la naturaleza del hombre, compuesto de un alma inmortal y del barro de la tierra. Por su naturaleza simplicísima dábase el ángel la mano con Dios, mientras que por su inteligencia, por su libertad y por su sabiduría limitada había sido hecho para darse la mano con el hombre; así como el hombre, por lo que tuvo de espiritual, estuvo en comercio con el ángel, y por lo que tuvo de corporal, con la naturaleza física, puesta toda al servicio de su voluntad y en la obediencia de su palabra. Y todas las criaturas nacieron con la inclinación y la potestad de transformarse y subir por la escala inmensa que, comenzando en los seres más bajos, iba á acabar en aquel Ser altísimo que es sobre todo ser, y á quien los cielos y la tierra, los hombres y los ángeles conocen con un nombre que es sobre todo nombre. La naturaleza física anhelaba por subir, hasta espiritualizarse, en cierta manera, á semejanza del hombre; y el hombre hasta espiritualizarse más, á semejanza del ángel; y el ángel á asemejarse más á aquel Ser perfectísimo, fuente de toda vida, criador de toda criatura, cuya alteza ninguna medida mide, y cuya inmensidad ningún cerco comprende. Todo había nacido de Dios, y subiendo debía volver á Dios, que era su principio y su origen; y porque todo había nacido de Él y había de volver á Él, no había nada que no contuviese en sí una centella más ó menos resplandeciente de su hermosura.

De esta manera la variedad infinita estaba reducida de suyo

¹ No se entienda por aquí que los ángeles vieran naturalmente, es decir, con las solas fuerzas de su entendimiento criado, la esencia de Dios. —(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

á aquella amplísima unidad que crió todas las cosas, que puso en ellas un concierto pasmoso y una trabazón admirable, apartando todas las que estaban confusas y recogiendo las que estaban derramadas. Por donde se ve que el acto de la creación fué complejo y que se compuso de dos actos diferentes, conviene á saber: de aquel por medio del cual dió Dios la existencia á lo que antes no la tenía, y de aquel otro por medio del cual ordenó todo aquello á que había dado la existencia. Con el primero de estos actos reveló su potestad de crear todas las substancias que sustentan todas las formas; con el segundo, la que tenía de crear todas las formas que embellecen á todas las substancias. Y de la misma manera que no hay otras substancias fuera de las creadas por Dios, no hay tampoco otra belleza fuera de la que El puso en las cosas. Por eso el universo, que es la palabra con que se significa todo lo criado por Dios, es el conjunto de todas las substancias; y el orden, que es la palabra con que se significa la forma que Dios puso en las cosas, es el conjunto de todas las bellezas. Fuera de Dios no hay criador; fuera del orden no hay belleza; fuera del universo no hay criatura.

Si en el orden establecido por Dios en el principio consiste toda belleza; y si la belleza, la justicia y la bondad son una misma cosa mirada por aspectos diferentes, síguese de aquí que fuera del orden establecido por Dios no hay bondad, ni belleza, ni justicia; y como estas tres cosas constituyen el supremo bien, el orden que á todas las contiene es el bien supremo ¹.

No habiendo ninguna especie de bien fuera del orden, no hay nada fuera del orden que no sea un mal, ni mal ninguno que no consista en ponerse fuera del orden; por esta razón, así como el orden es el bien supremo, el desorden es el mal por excelencia; fuera del desorden no hay ningún mal, como fuera del orden no hay bien ninguno.

¹ Entiéndase aquí la palabra *supremo* en sentido relativo, porque el bien supremo, absolutamente considerado, el verdadero bien supremo, es Dios. (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

De lo dicho se infiere que el orden, ó lo que es lo mismo, el bien supremo, consiste en que todas las cosas conserven aquella trabazón que Dios puso en ellas cuando las sacó de la nada; y que el desorden, ó lo que es lo mismo, el mal por excelencia, consiste en romper aquella admirable trabazón y aquel sublime concierto.

No pudiendo ser rota aquella trabazón, ni este concierto quebrantado sino por quien tenga una voluntad y un poder, hasta cierto punto y en la manera que esto es posible, independientes de la voluntad de Dios, ninguna criatura fué poderosa para tanto, sino los ángeles y los hombres, únicas entre todas hechas á imagen y semejanza de su Hacedor, es decir, inteligentes y libres. De donde se sigue que sólo los ángeles y los hombres, pudieron ser causadores del desorden, ó lo que es lo mismo, del mal por excelencia.

Los ángeles y los hombres no pudieron alterar el orden del universo sino rebelándose contra su Hacedor; de donde se infiere que para explicar el mal y el desorden, es necesario suponer la existencia de ángeles y de hombres rebeldes.

Siendo toda desobediencia y toda rebeldía contra Dios lo que se llama un pecado, y siendo todo pecado una rebeldía y una desobediencia, síguese de aquí que ni puede concebirse el desorden en la creación, ni el mal en el mundo, sin suponer la existencia del pecado.

Si el pecado no es otra cosa sino la desobediencia y la rebeldía, ni la desobediencia ni la rebeldía sino el desorden, ni el desorden sino el mal, síguese de aquí que el mal, el desorden, la rebeldía, la desobediencia y el pecado, son cosas en que la razón encuentra una identidad absoluta; así como el bien, el orden, la sumisión y la obediencia, son cosas en que encuentra la razón una completa semejanza. De donde se viene á concluir que la sumisión á la voluntad divina es el bien sumo, y el pecado el mal por excelencia.

Cuando todas las criaturas angélicas estaban obedientes á la voz de su Hacedor, mirándose en su rostro, anegándose en

sus resplandores ¹ y moviéndose sin tropiezo y con una concertada armonía al compás de su palabra, sucedió que entre los ángeles el más hermoso ² apartó los ojos de su Dios para ponerlos en sí mismo, quedando como arrebatado en su propia adoración, y como extático en presencia de su hermosura. Considerándose como subsistente por sí y como el último fin de sí propio, quebrantó aquella ley universal é inviolable, según la cual lo que es diverso tiene su fin y su principio en lo que es uno, que, comprendiéndolo todo y no siendo comprendido por nada, es el continente universal de todas las cosas, así como es el potentísimo Criador de todas las criaturas.

1. Véase la nota de la pág. 158.

2. El Sr. Donoso adopta la opinión común, y que Santo Tomás tiene como la más probable, según se ve por el siguiente pasaje de la *Summa* (I, q. LXIII, 7):

“El primer ángel que pecó—dice San Gregorio (*Homil.*, III, *in Evangelia, de centum ovibus*)—como capitán que era de todas las milicias angélicas, sobrepujaba la medida de la luz que éstos tenían, y era el más luminoso de todos. En el pecado hay que considerar dos cosas: la tendencia y el motivo. Si consideramos la tendencia al pecado, parece que los ángeles inferiores debieron pecar antes que los superiores. Por eso dice San Juan Damasceno (lib. II, cap. IV): *El más grande entre los que pecaron, era el gobernador inmediato de las cosas terrestres*; opinión que parece conforme á la de los platónicos, citada por San Agustín (*Ciudad de Dios*, VIII y X), y según la cual *todos los dioses son buenos; pero entre los demonios, unos son buenos y otros malos*. Aquí se llama *dioses* á las substancias intelectuales que residen por cima de nuestro sistema planetario, y *demonios* á las substancias intelectuales que habitan nuestras regiones sublunares, aunque son de naturaleza superiores á la del hombre. Esta opinión no hay motivo para tenerla por contraria á la fe; pues gobernando Dios toda la creación corporal por medio de los ángeles, según San Agustín lo enseña (*De Trinit.*, II, 4), nada nos impide creer que, por divina ordenación, á los ángeles inferiores fué encomendado el gobierno de los cuerpos inferiores; á los ángeles superiores el de los cuerpos superiores, y á los primeros de todos el servicio de Dios. Siguiendo esta opinión, dice San Juan Damasceno que los ángeles que pecaron pertenecían al orden inferior, si bien no todos los de este orden pecaron, pues algunos permanecieron fieles.

Si consideramos ahora el motivo del pecado, veremos que este motivo tenía mayor fuerza en los ángeles superiores que en los inferiores. El pecado de los demonios fué la soberbia, según dejamos demostrado; pero el motivo de la soberbia es la excelencia de la naturaleza, la cual es mayor en los ángeles superiores; y aun por esto, San Gregorio dice que el primer ángel que pecó fué el más encumbrado de todos. Esto parece lo más probable, pues el pecado del ángel procedía del libre albedrío, y no de inclinación alguna al pecado; luego en esta cuestión han de tener más fuerza las razones que se refieren al motivo, que las relativas á la inclinación al mal. No es concluyente, sin embargo, esta doctrina contra la otra opinión, porque el motivo del pecado puede también tener alguna fuerza con respecto al príncipe de los ángeles inferiores.

La mayor parte de los santos Padres, siguiendo á San Gregorio, enseñan que el jefe de los ángeles rebeldes fué el más grande y el primero de entre ellos: y esta opinión parece también la más conforme á los pasajes de Isaias (XIV, 12), y Ezequiel (XXVIII, 12 y sigs.; XXXI, 7 y sigs.), pasajes que los intérpretes aplican al príncipe de los demonios, aunque también puedan, en rigor, aplicarse al jefe de los ángeles inferiores.